

El Carnaval

Esa vergüenza de los pueblos cultos que se llama carnaval, trae loca a la humanidad durante los tres días que preceden a la cuaresma y algunas horas más.

En salones y calles revuélvense en confuso torbellino hombres y mujeres que truecan el decoro y el pudor por un traje estrafalario y una careta ridícula.

No parece sino que en tales días quedan como en suspenso los imperiosos deberes de la moral cristiana y las más elementales reglas de educación y de cultura.

La orgía del carnaval es un atentado a la dignidad humana y más aún a la dignidad cristiana, pues los cristianos que cubren su cara para entregarse con desenfreno a los excesos del carnaval, traicionan a Cristo alistándose en las banderas de su eterno enemigo.

¡Cuánta degradación y cuanto escándalo en esa abominable mascarada en que se bestializan no pocos racionales!

El carnaval es el desbordamiento de todos los insanos apetitos con la agravante del disfraz, que no es otra cosa sino una patente de corso para cometer todo linaje de excesos.

El gólgota de España

GIBRALTAR

Cuando los Estados Unidos, contaminados por el ciego histerismo de la prensa amarilla y los corruptos intereses financieros de la nación declararon la guerra a España, gritando: «¡Carnicero Weyler!», «¡Recordad el Maine!», yo estaba convencido de que se perpetraba una gran injusticia contra España, como la que se está perpetrando ahora contra Alemania. Entonces mantuve Alemania una actitud de la más estricta neutralidad, llegando hasta el extremo de prohibir la exportación de armas para España, a instancias del embajador americano. Hubo sin embargo, mucha simpatía hacia España, por su espíritu caballeresco, y porque se la veía atacada por este nuevo y violento imperialismo americano, tras del cual estaban los maguatos de los «trusts», como están ahora también tras de esta unilateral y grotesca «neutralidad» de mi país. España, según parece, no ha olvidado la verdadera neutralidad del gran pueblo alemán en su hora de angustia. Porque sus soldados todavía saben honrar los más heroicos hechos de armas que el mundo ha visto. La caballerosidad española y la admiración que inspira a España todo acto valeroso no han dejado de conmoverse ante el espectáculo de una sola nación batallando contra siete y marchando sin desmayar, como un

torbellino de llamas y truenos, de fuerza moral, mental y material, de victoria en victoria.

LA CONDUCTA DE INGLATERRA

La ocupación inglesa de Gibraltar en 1704, realizada como la mayor parte de las victorias inglesas, con el auxilio ajeno, se hizo permanente merced a un ardid de sir George Rooke, y fué ratificada por el Parlamento de la reina Anne. No fué más que un nuevo ejemplo de escamoteo de banderas, de traición a un aliado.

Desde ese día la espina inglesa está clavada en el cuerpo de España, herida siempre abierta que la ha ido desangrando gradualmente. El brutal y arrogante soldado inglés se plantó como mascarón de proa sobre la nave del Estado español. Su mejor baluarte, la misma base de su potencia, la propia tierra española, el faro natural, la defensa nacional consagrada por la historia, cayó en las garras de este audaz filibustero. La planta inglesa se puso con toda la presión de una montaña sobre la cerviz de España, y la toma de Gibraltar completó la ruina proyectada por Inglaterra dos centurias antes contra Castilla.

Pero la virilidad hispana no pudo soportar la intrusión de este intruso, en su casa. Los españoles de hoy no habrán olvidado, seguramente, los heroicos esfuerzos de sus antepasados en 1720, en 1726 y en el gran sitio de 1779, cuando los Estados Unidos peleaban por aquellas libertades que parecen haber entregado una vez más a la Gran Bretaña.

Pero la espina quedó clavada, y España ha permanecido impotente. La que pudiera ser señora del Mediterráneo se ha convertido en una dependencia de una pequeña guarnición de ingleses arrogantes que se vanaglorian de ser dueños de «la Roca». Ese macizo baluarte de piedra, ese altar de la gloria nacional, es hoy una madriguera de extranjeros desdeñosos, que se burlan de la España postrada a sus pies. En los muros de los cuarteles y establos de Gibraltar yo he visto piedras que todavía tienen incrustados los escudos de Castilla y Aragón. He visto a los trabajadores españoles, sacados como piedras de la ciudad, al oscurecer, atravesando las fronteras como proscritos, hacia la Línea de la Concepción.

EL PODER DE ESPAÑA

España, que podría, como un Coloso de Rodas, extender ambas piernas sobre el estrecho de Gibraltar, se halla agozagrada en Ceuta, mutilada y humillada. La columna septentrional de Hércules, que fué una de sus glorias monumentales, sirve de asta para la bandera inglesa, de palo para que se trepe el mono británico, de nido para

los barcos de Inglaterra, de refugio para los ingleses. En Ceuta el presidio español; en Gibraltar los carceleros de España. No hay más que un remedio para la dolencia que aflige a España: eliminar a los ingleses del territorio español.

España debe, con suavidad, pero con firmeza, reclamar lo que le pertenece. Y si su petición pacífica no es atendida España debe apelar al recurso de las armas. Su causa está basada en la más absoluta justicia. Más aún, brillaría su nombre en la historia por este golpe dado en obsequio de su regeneración y de su grandeza.

LA HORA DE LA VENGANZA

La hora ha sonado. El titánico poderío marítimo de Inglaterra se ha anulado. El mito de la grandeza británica, que tanto tiempo engañó al mundo, se ha desvanecido. Unos cuantos submarinos bastan para hacer huir a sus «dreadnoughts». Su potencia militar es nula, en Flandes y en Gallipoli. El caos reina en su propia casa. España sólo necesita extender la mano para recuperar la hermosa joya, talismán de su imperio. Los submarinos alemanes que pasaron por Gibraltar para atacar a la flota inglesa en los Dardanelos tal vez vuelvan a pasar por esa misma vía. Llegaron como heraldos de salvación, no sólo para Turquía, sino también para España. Unos cuantos titánicos cañones podrían convertir al mismo Gibraltar en un cráter hueco, ahogado en llamas y humo. Si el ejército español no posee esas maravillas de la artillería, basta que su inspiración sea la misma que anima a los alemanes. Así como los turcos han guardado las puertas de los Dardanelos, contra las cuales se han estrellado los aliados de la manera más ignominiosa, España puede guardar una vez más el estrecho de Gibraltar. El esfuerzo no significaría una lucha sangrienta, ni siquiera una guerra en el verdadero sentido de la palabra. Muchos sitios de los pasados tiempos han demostrado que la victoria puede coronar la empresa. El yunque es más formidable hoy, pero también lo es el martillo.

Por todas las leyes morales, por todas las razones históricas, por todos los derechos de la nacionalidad, Gibraltar es tierra española. La garra inglesa que la aprieta tendrá que soltarla, o caer al golpe de la espada.

Seguirá siendo Gibraltar el Gólgota de España, o se convertirá en lo que debe ser: la piedra angular de la nueva grandeza española?

Del Vital Issue, de Nueva York.

R. L. ORCHILLE

A... una de tantas

Te vi elegante, esbelta y vaporosa, cruzar por el riquísimo salón con un sietemesino almidarado bailando un rigodón.

Pero al día siguiente allá en el templo postrada ante las gradas del altar, con los ojos clavados en la tierra te ví ir a cosalgar.

Aun del baile en tu cuerpo se notaba la fatiga, cansancio y languidez, aún brillaba en tus ojos de la música la dulce embriaguez.

Pero tú, «ruborosa y recogida», inclinabas tu frente de marfil, y entornabas los párpados «devotas» ¡qué bien sabes fingir!

¡Ay niña! nunca lloves con tu falda, el polvo del salón junto al altar! ¡no vayas al templo a profanarle, o deja de bailar!

Dos galanes te buscan: Dios y el mundo no pueden en un pecho estar los dos: ¿qué pareja prefieres, ¡concluyamos! a un mundano o a Dios?

R.

Nuevas maravillas de la química alemana

Según la expresión de Hans Dominik, la química alemana no obra por arte de magia ni de encantamiento. Pero al ver los resultados prácticos de su trabajo, si no se cree en tales supercherias, hay que convenir en que ha hecho verdaderos prodigios; porque prodigiosas y sorprendentes son las producciones de dicha industria química. Y la guerra es para ella lo que el invierno es para las plantas: le hace brotar flores que sin la apremiante necesidad del momento habría necesitado quizás largos años para su desarrollo.

La química es la que convierte hoy el insoportable aceite de ballena en excelente grasa comestible y para la fabricación de jabones. De los posos de cerveza, que antes se arrojaban como despojo inútil, se elabora hoy exquisito extracto de carne. Y del carbón de piedra se obtiene no sólo bencina, que antes se extraía del petróleo en bruto, sino también... caucho. Ante tan estupendas novedades, se pregunta uno si no se trata en todo esto de pura fantasía o de una simple inocentada. Pero, no; es la realidad desnuda, sin trampa de ningún género.

Lo más sorprendente es, sin duda, la fabricación del caucho; y sin embargo, es un hecho. Todavía no existen fábricas que lo produzcan en masa; pero las pruebas realizadas han dado resultados tan brillantes, que ya han podido ser ofrecidos al Emperador un juego de neumáticos para su automóvil, fabricados exclusivamente de esta goma artificial.

Hans Dominik termina diciendo: «En el campo de la industria nacional se está preparando sin duda una profunda